

A.C.N. DE P.

AÑO XLI

1 diciembre 1964

NUM. 788

Depósito legal: M. 244-1968

DOBLE MISION DEL SEGLAR EN LA IGLESIA: UNA GENERICA, LA EVANGELIZACION, Y OTRA ESPECIFICA, LA "CONSECRATIO MUNDI"

El predominio del espíritu mundano aleja al mundo de la Iglesia

El diálogo es la forma e instrumento mejor de relación entre la Iglesia y el mundo

INTERVENCION DE DON FRANCISCO GUIJARRO ARRIZABALAGA EN EL CENTRO DE MADRID SOBRE "LOS PLANTEAMIENTOS ACTUALES DEL APOSTOLADO SEGLAR"

El ciclo de círculos de estudios de este primer trimestre del curso 64-65 está dedicado en el centro de Madrid al tema "La encíclica Ecclesiam suam y la A. C. N. de P.". El 5 de noviembre pronunció el consejero nacional de la Asociación y anterior presidente de la misma, don Francisco Guijarro Arrizabalaga, la conferencia que a continuación transcribimos íntegramente. Llamamos la atención del lector sobre la trascendencia de los conceptos fundamentales expuestos en esta intervención.

1. Una encíclica en que no se nombra a los seglares

Estamos en un ciclo de conferencias que se ha titulado "La encíclica "Ecclesiam suam" y la A. C. N. de P." Creo, por tanto, que en mi charla tiene que estar, en primer término, la encíclica. El curso pasado tuvieron a bien encomendarme en otro ciclo sobre la "Pacem in terris" una ponencia que, más o menos, se titulaba así: "Las nuevas formas de solidaridad humana en la encíclica "Pacem in terris". Cuando luego me enfrenté con el estudio de la encíclica, me encontré con que la palabra solidaridad sólo aparecía dos o tres veces en toda ella. Ahora, con la "Ecclesiam suam" me ha vuelto a ocurrir algo parecido: Se me encomienda un tema que se titula: "Los planteamientos actuales del apostolado seglar", mirando a la encíclica "Ecclesiam suam", y me encuentro con que la encíclica no nombra ni una sola vez a los seglares. En la "Ecclesiam suam" se habla, en general, de los cristianos; pero ni una sola vez aparece específicamente citado el seglar.

Yo, sin embargo, voy a analizar la "Ecclesiam suam" buscando en ella criterios que nos orienten sobre los planteamientos actuales del apostolado seglar. Pienso que, en la posición que yo ocupo dentro de este ciclo, mi misión es hacer una introducción a lo que después dirán José María Sánchez de Muñáin y Federico Silva, abriéndoles el

camino desde la "Ecclesiam suam", y ello aunque en la encíclica no aparecen citados como destinatarios de sus criterios los seglares. Porque aunque no se les cite, están en ella. Y es que en la "Ecclesiam suam" no están como destinatarios, en primer término, ni la Je-

rarquía, ni el sacerdocio, ni los seglares: está la Iglesia. La encíclica, que empieza diciendo: "Queridos hermanos y amados hijos", es la primera encíclica del pontificado de Pablo VI, es la de su presentación, y se dirige a todos los miembros de la Iglesia del Concilio. Nosotros, los seglares, como miembros de esa Iglesia, tenemos que tomar de ella criterios aplicables a la misión que al seglar le incumbe en la Iglesia.

Por otra parte, aunque la encíclica "Ecclesiam suam" no menciona a los seglares, sabemos que está redactada en un momento interesantísimo para nosotros; porque está inmersa en un clima conciliar del que sabemos (hace tres o cuatro días nos lo ha dicho el señor Arzobispo de Oviedo) que el papel del seglar en la Iglesia está apareciendo en primer plano, como importantísimo; y en el que, además, ha sido vivísima la discusión sobre las relaciones entre la Iglesia y el mundo moderno, tema que tan directamente afecta a la preocupación y misión del seglar.

2. Los motivos de Pablo VI

Para interpretar bien la encíclica creo que es interesante empezar por analizar las motivaciones de la encíclica; porque la encíclica trasciende una tremenda inquietud y desazón del Papa, que éste se siente en la necesidad de proyectar y transmitir al Concilio y al mundo por una serie de razones, de motivos, que el propio Papa explica y descubre. Se trata de un mensaje, el primero de su pontificado, "fraternal y familiar", dirigido a "los hermanos y a los hijos", transmitido porque Pablo VI siente "el deber de descubrir los pensamientos" que a él, en este momento, le preocupan y le agobian, pensamientos que nos anuncia van a ser, además, guía de su misión pastoral, por lo menos durante los primeros años.

a) Mayor cohesión

¿Y por qué nos descubre estos pensamientos? Pues dice, en primer lugar, que porque quiere dar "mayor cohesión

a la comunión de fe y de caridad que existe entre nosotros"; quiere, en definitiva, que la Iglesia toda nos sintamos identificados con su pensamiento.

b) Mayor claridad

Pero, además de dar mayor cohesión a la comunión de fe y de caridad que existe entre todos nosotros (el Papa, la Jerarquía, los cristianos), quiere dar "mayor claridad a algunos criterios doctrinales y prácticos que puedan útilmente guiar la actividad espiritual y apostólica de la Jerarquía y de cuantos le prestan obediencia y colaboración", y aquí pienso que está bien claramente aludida nuestra actividad espiritual y apostólica.

c) Mayor adhesión

Algo más descubre la encíclica: el Papa quiere que "le prestemos aliento, adhesión, consejo y apoyo para emprender

las reformas que va, ineludiblemente, a emprender la Iglesia".

De manera que, por de pronto, son tres los que parecen ser los motivos de la encíclica:

— Lograr mayor cohesión dentro del cuerpo de la Iglesia;

— Mayor claridad en cuanto a los criterios doctrinales y prácticos que puedan guiar nuestra actividad;

— Buscar el aliento, la adhesión, el consejo, el apoyo, para emprender toda una serie de reformas, que el Papa comprende que sin este aliento, adhesión, consejo y apoyo, prestados en la medida y según la posición que a cada miembro de la Iglesia le corresponde en ella, serían absolutamente imposibles de llevar a cabo; porque una reforma del calibre de la que se anuncia no puede realizarse sólo por vía de autoridad, sino que tiene que producirse por vía de adhesión.

d) El "tormento apostólico"

Yo diría—en fin—que hay una última motivación que está un poco perdida en el texto, pero que la denuncia una frase muy expresiva: el "tormento apostólico" de Pablo VI. Yo—hay palabras a las que doy mucho significado—cuando me pongo a subrayar y a leer con detenimiento este tipo de documentos, pienso en la carga emocional e intencional con que se escribió cada palabra, que cobra tanta más significación cuanto más alta es la posición de la persona

que la escribe y la solemnidad de la ocasión en que se lanza. Todos hemos tenido ocasión alguna vez de tener que preparar una carta, un discurso, una conferencia que juzgamos importante. Y sabemos que entonces quizá ponemos especial énfasis en algunas palabras o afinamos su significado de modo que algunas expresiones están más llenas y cargadas de sentido que otras. El que lee o escucha, si lo hace superficialmente, de pasada, no percibe ese énfasis, ese valor que nosotros hemos volcado en esas palabras. A lo mejor hemos echado el corazón entero en ellas; pero el que lee o escucha no se da cuenta de ello. Cuando documentos como la "Ecclesiam suam" se leen de prisa, es imposible captar esto. Pero yo la he leído ahora tres o cuatro veces porque he tenido que hablar sobre ella, y me parece haber adivinado cosas que no percibí la primera vez que la leí, durante el verano, en que realmente resbalé sobre toda ella. Son documentos tan apretados de ideas, de conceptos e intención, que no hay forma de sacarles el jugo más que exprimiéndolos, palabra por palabra, hasta identificarnos con el estado de ánimo del que los escribió.

Pues bien; enfocada la lectura desde esta actitud, subrayo lo que yo he llamado "el tormento apostólico del Papa", que no es que yo lo llame así, sino que es el Papa el que utiliza la expresión.

3. El "tormento apostólico" de Pablo VI

¿En qué consiste ese "tormento apostólico" que le induce al Papa a decirnos, a decir todo lo que dice, a la Iglesia del Concilio, a los seglares también, por tanto, en la "Ecclesiam suam"? Pues yo lo describiría, más o menos, así: La Iglesia tiene una misión—la misión cristiana—en el mundo, misión que el Papa esboza de distintas maneras. Podemos subrayar, por ejemplo, ésta: **Hacer hermanos a los hombres en virtud del reino de justicia y de paz inaugurado con la venida de Cristo al mundo.** La Iglesia tiene esa misión en el mundo, y surge el problema, la pregunta: ¿cómo ser fieles aquí y ahora, en el mundo de hoy, al encargo recibido? No sólo ser fieles; ¿cómo desarrollar con eficacia esta misión cristiana que la Iglesia tiene en el mundo? Ante la interrogante, el Papa toma conciencia de la gran cantidad de dificultades que se interponen entre el mandato de Cristo y su eficaz encarnación. Y surge la tensión, el "tormento apostólico".

a) Mirada al mundo

Por un lado mira al mundo. Y al mirar al mundo lo ve en primer término **distanciado, en términos generales, de la Iglesia.** La palabra mundo la emplea en la encíclica en distintos pasajes, como pasa tantas veces incluso en el propio Evangelio, con diverso significado; en este caso, con el más vulgar y amplio de humanidad viviente sobre la tierra. Pues bien; el Papa mira al mundo y ve un mundo todo él, en general, **distanciado de la Iglesia.**

De una parte, el sector de ese mundo que ha recibido profundamente el cristianismo, que incluso lo asimiló íntimamente; pero..., ¡aquí viene el pero!, aun cuando ese sector del mundo recibió profundamente el mensaje cristiano, lo asimiló en su intimidad, la realidad es que la forma en que lo vive y lo encarna se ha ido separando y distanciando paulatinamente en los últimos siglos del tron-

co cristiano de su civilización, hasta encontrarnos con que, a menudo, todo ese sector del mundo no se da cuenta ya, si quiera, de que sus mejores cosas proceden del cristianismo.

De otra parte, está la mayor parte del mundo, que se extiende a los limitados horizontes de los pueblos nuevos.

¿Y qué ocurre entonces en el mundo, visto desde la perspectiva que lo ve el Papa? Pues yo diría por lo pronto, aunque aparentemente resulte una redundancia, que todo ese doble sector del mundo está, en general, lleno de "espíritu mundano". Ese "mundo", empleando la palabra en su significación vulgar, es, además, predominantemente "mundo" en otro sentido que Pablo VI explica. Es mucha aún—dice—la humanidad adversa a la luz de la fe y al don de la gracia. En estos términos concreta Pablo VI "el mundo". Quizá matizando más y desentrañando el sentido de la expresión podríamos decir que es mucho aún lo que en cada uno de nosotros hay de adverso a la luz de la fe y de la gracia, ya que en el interior de cada hombre se libra la batalla entre el espíritu del mundo, el espíritu mundano y la luz de la fe y de la gracia. Este espíritu mundano tiene, según la encíclica, dos manifestaciones: de un lado, es mucha la humanidad "que se exalta con ingenuo optimismo, creyendo que le bastan las propias fuerzas para lograr su expresión plena, estable y benéfica"; de otro lado, es también mucha "la humanidad que se deprime en un crudo pesimismo, declarando fatales, incurables y acaso deseables como manifestaciones de libertad y de autenticidad los propios vicios y las propias debilidades".

Pero hay algo más en el mundo; y es que este mundo dividido en los dos grandes sectores, el tradicionalmente cristiano, pero distanciado del tronco cristiano de la civilización y el resto, el de los llamados pueblos nuevos, que tienen en sí ese grave problema, ese grave cáncer

que es el espíritu mundano; es, además, **un mundo con graves problemas temporales.** El Papa anuncia un buen número de tales problemas. Ya dice que en esta encíclica no los va a tocar; pero pasa revista al problema de la paz entre los pueblos y las clases sociales, el problema de la miseria y del hambre que todavía azota a naciones enteras, el acceso de las naciones jóvenes al progreso y a la independencia, la colisión entre las corrientes del pensamiento moderno y la cultura cristiana, las condiciones infelices de tanta gente, porciones de la Iglesia a quienes se niega los derechos propios de personas libres y de ciudadanos, el problema de la natalidad. Esta mirada al mundo nos da el primer término de la tensión que origina el "tormento apostólico" de Su Santidad, tal y como resulta el panorama entresacándolo de los distintos párrafos de la encíclica.

b) Mirada a los cristianos: la

Iglesia, inmersa en el mundo

El segundo término o polo de esa tensión surge cuando el Papa mira, no al mundo, sino a los cristianos, a la Iglesia que está inmersa en el mundo. Pablo VI, al mirarlo, subraya toda una serie de hechos que dificultan la plena realización de la misión de la Iglesia en este mundo, al que tiene que llevar el mensaje de salvación. El Papa constata que hay un **contacto inmanente de la Iglesia con la sociedad temporal, que crea una continua situación problemática, hoy laboriosísima.** La Iglesia—dice—está inmersa en la humanidad, forma parte de ella, no está separada del mundo, sino que vive en el mundo; del mundo proceden sus miembros, del mundo extrae los tesoros de la cultura, con el mundo sufre sus vicisitudes históricas y contribuye a veces a los éxitos del mundo; los miembros de la Iglesia, inmersos en el mundo, reciben el influjo del mundo, respiran su cultura, aceptan sus leyes, adoptan sus costumbres.

Nos hallamos, pues, con una Iglesia en contacto inmanente con la sociedad temporal, con el mundo; una Iglesia inmersa en el mundo, pero, además, **inmersa en una circunstancia especial; porque la humanidad está en vías de grandes transformaciones, alteraciones y progresos científicos, técnicos, sociales, culturales, políticos; y nos encontramos con que cambian profundamente las formas exteriores de vida, cambian los modos de pensar, el pensamiento, la cultura, el espíritu, y viene a modificarse, íntimamente, este mismo espíritu.** Todas estas transformaciones—Pablo VI emplea esta metáfora—, "como las olas del mar", envuelven y sacuden a la Iglesia misma; esta Iglesia, hecha con materiales del mundo, se siente agitada, envuelta y sacudida como por las olas del mar. Quizá cada uno de nosotros podríamos ir aplicando estas reflexiones a situaciones vividas y experimentadas en nuestro diario vivir. El resultado es que todas estas transformaciones, lo mismo que aquella inmersión en el mundo, resulta que condicionan la conducta práctica de la Iglesia. Los espíritus de los hombres que a la Iglesia se confían están fuertemente influidos por el clima del mundo temporal; un peligro como de vértigo, de aturdimiento, de aberración, puede sacudir la misma solidez de la Iglesia—subrayo la frase calibrando palabra por palabra—. Se enfría la conciencia de los cristianos en cuanto al origen, la naturaleza, la misión y el fin último de la Iglesia; y esto hace que muchos vayan tras de extraños pensamientos—dice el Papa—, imaginando que la Iglesia debiera renegar de sí misma y abrazar

novísimas e interesadas formas de vida, introducir errores que engañan a quienes tienen un conocimiento parcial de las cosas. Hay un riesgo de contagio, de error y de mal.

Tenemos así ya los dos términos de

4. ¿Cómo relacionarse la Iglesia con el mundo?

La encíclica es una respuesta—yo así lo creo—a esta tensión: ¿qué hacer, cómo relacionarse la Iglesia con el mundo? La Iglesia, nosotros, que poseemos este mensaje cristiano, que hemos de llevar al mundo; nosotros, que tenemos que restaurar todas las cosas en Cristo, nos encontramos con un mundo así y unos cristianos así condicionados, ¿qué hacer entonces? Este es el “tormento apostólico” del Papa.

Para que la Iglesia se relacione con el mundo; para que cumpla su misión de acuerdo con lo que la mente de Dios ha proyectado; para que lo realice de una forma eficaz, el Papa denuncia en otro lugar de la encíclica un repertorio de posibles soluciones, de distintos modos o formas de relación, Iglesia—cristianos—mundo, que han existido históricamente, que incluso pudiera decirse que hoy coexisten, en este momento, si se mira a los diferentes países del mundo.

a) Los cristianos se apartan del mundo

Teóricamente podría proponerse reducir al mínimo las relaciones Iglesia-mundo, tratando de apartarse la Iglesia de la sociedad profana. Primera solución, pues: los cristianos se apartan del mundo. Históricamente se ha hecho; pensemos en el movimiento eremítico cuando la Iglesia se repliega frente al mundo para salvar las esencias cristianas; nosotros, a veces, aplicamos esta postura en nuestros criterios familiares o personales, a veces en la educación de los hijos; primer criterio, repito: apartarse del mundo. Así, por lo pronto, la Iglesia, el cristiano, quedan inmunizados y a salvo.

b) Los cristianos anatematizan el mundo

Segundo sistema de relación con el mundo: en vez de apartar a las personas, apartar los males, anatematizándolos. Apartar los males que la Iglesia o nosotros podemos encontrar y anatematizarlos, promoviendo cruzadas contra ellos. También es una solución históricamente aplicada.

c) Los cristianos dominan teocráticamente el mundo

Tercera solución; podríamos hacer lo contrario: acercarnos tanto a la sociedad profana que tratásemos de alcanzar un influjo preponderante en ella; podríamos llegar hasta intentar conseguir una especie de dominio teocrático sobre la sociedad.

d) Los cristianos dialogan con el mundo

Pues bien; Pablo VI, en la “Ecclesiam suam”, nos dice que ninguna de estas maneras es la adecuada para relacionarse hoy la Iglesia con el mundo, los cristianos con el mundo. Para llevar a cabo con eficacia la misión que Cristo encomendó a la Iglesia y a sus miembros los cristianos, entre los cuales estamos nosotros los seglares, respecto del mundo, hoy, actualmente, para Nos—dice el

la tensión a la que la encíclica es respuesta: por un lado, cómo ve el mundo de hoy el Santo Padre; por otro lado, los problemas que plantea a los cristianos y a la Iglesia de hoy el hecho de estar inmersa en el mundo.

Papa—es el diálogo el mejor modo entre la Iglesia y el mundo. No cierra el Padre Santo el camino a otras formas legítimas. No dice que las otras tres maneras hayan sido ilegítimas ni aun que lo sean en el mundo actual; pero sin cerrar el camino a otras formas le-

gítimas, el modo de lograr el acercamiento, la penetración del mensaje cristiano de la Iglesia en el mundo de hoy puede presentarse mucho mejor como un diálogo. No puede ser, viene a decirnos el Papa, en definitiva, que nos apartemos nosotros de ese mundo que hay que salvar, evangelizar; ni basta anatematizarlo; ni es pensable en nuestro tiempo pretender el dominio de la sociedad profana por cualquier sistema de teocratismo más o menos directo o indirecto. No nos queda más remedio que colocarnos de cara hacia el mundo y entablar valientemente un diálogo, un oloquio con él. De aquí la importancia que el diálogo, al que se dedica más de una tercera parte del documento, tiene en la encíclica.

5. Condiciones del diálogo Iglesia-cristianos-mundo

Pero, naturalmente, cuando ya hemos llegado a la conclusión de que la forma de acercarse hoy la Iglesia, y por tanto nosotros, al mundo; que la actitud básica de nosotros los cristianos, para realizar nuestra misión apostólica, tiene que ser una actitud dialogante, se plantea el problema de cómo se puede o debe realizar este diálogo. Porque el diálogo llenará la función que de él se espera, en tanto en cuanto se produzca en ciertas condiciones, y si no, posiblemente, será un fracaso. Por eso la encíclica va exponiendo las condiciones en que ha de realizarse el diálogo para que sea, efectivamente, camino, forma, método, manera de relacionarse eficazmente la Iglesia con el mundo.

a) Estar en el mundo sin ser del mundo

¿Cuáles son las condiciones del diálogo? Yo diría que la primera condición para el diálogo es que desde la Iglesia se esté en el mundo, se comprenda el mundo, sin ser del mundo. Porque en este diálogo hay dos interlocutores: de un lado está la Iglesia, estamos los cristianos, y de otro lado están los que tienen que recibir, a través de la Iglesia, el mensaje de salvación. Pues bien; este mensaje es difícilmente transmisible si la Iglesia, todos los miembros de la

Iglesia, no están en el mundo, sin ser del mundo; no están en el mundo, sin ser mundanos.

Esto supuesto, el Papa nos plantea, en definitiva, tres caminos: dos de ellos son la renovación espiritual y ascética individual y colectiva. El tercero es que el diálogo se lleve a cabo no de cualquier manera, sino partiendo de unos supuestos teológicos y acomodándose a un estilo o arte de dialogar.

b) Renovación espiritual

La renovación espiritual y ascética, si se produce al santificarnos, no sólo permitirá que nos penetremos del mensaje que debemos transmitir, sino que inmunizará—en la medida que es posible afirmar esto—a la Iglesia, a los cristianos, para arrostrar todos los enormes peligros que lleva consigo el diálogo, y que no resulte que en ese diálogo, el catequizado, al final, es el apóstol.

La renovación espiritual o teológico-dogmática ha de lograrse a base de profundizar en la conciencia viva que hemos de tener de la Iglesia, de despojarnos no totalmente, es natural, pero sí en la medida que hayamos hipertrofiado la perspectiva de nuestra habitual concepción de la Iglesia, demasiado jurídica y orgánica; y profundizar muchí-

Condiciones del diálogo entre la Iglesia y el mundo contemporáneo

● RENOVACION ESPIRITUAL Y ASCETICA DEL CRISTIANO

● Efusión de caridad

● Sentido trascendente y teológico del diálogo de Dios con el hombre

● ESTAR EN EL MUNDO SIN SER DEL MUNDO

● Estado de ánimo dispuesto al diálogo sincero

● Claridad, afabilidad y prudencia, virtudes del dialogante

simo más en el misterio vivo de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo. En explorar, en definitiva, la doctrina conocida acerca del origen de la Iglesia, de la naturaleza de la Iglesia. Penetrarnos de esta doctrina, vivirla, comunicarla; tratar de ver a la Iglesia no tanto en esta encarnadura o ropaje que revisten, quizá, sus formas exteriores, sino tal como Cristo la vio, tal como Cristo la quiso, tal como Cristo la amó, como Esposa santa. Descubrir la relación vital con Cristo; que la vida de Cristo se haga operante en las almas; vivir en el sentido de la Iglesia, tomar conciencia de lo que el bautismo supone como injerto de los miembros en el Cuerpo místico de Cristo. El Papa mismo se plantea esta objeción; pero ¿no está ya bastante estudiado todo esto? Esto—nos grita más o menos Pablo VI—es un misterio de tal calibre que por mucho que sigamos estudiándolo jamás conseguiremos penetrarlo. Tenemos que estar constantemente buceando en él para hacerlo nuestro, para comprender en cierta medida qué es eso que llamamos ser miembros de la Iglesia, que no es ser un mero asociado de una organización temporal e histórica, sino algo mucho más misterioso y profundo.

c) Renovación ascética

Una vez que ya nos hemos planteado este camino de renovación espiritual se plantea la renovación ascética. Ya tengo ante mí el ideal de la Iglesia, el arquetipo del cristiano, tal como fue concebido en la mente de Cristo. Ahora voy a hacer una confrontación con la fisonomía de la Iglesia, la fisonomía del cristiano, tal como se me presenta en la vida histórica actual. Y de esta confrontación—concluye el Papa—tiene que brotar, lógicamente, un deseo de superación, un deseo de perfeccionamiento, que es el que nos llevará, me llevará a la renovación ascética. Porque nos encontraremos con que el rostro de la Iglesia sigue, por un lado, siendo fiel, continúa siendo fiel en lo esencial a la gracia; pero también continúa siendo fiel a la índole carnal de la humanidad, que se ha ido evangelizando e incorporando a la Iglesia.

Yo he pensado muchas veces en las raíces históricas de la civilización occidental y cristiana. ¿Cuántas conversiones colectivas se produjeron? ¿Con qué lastre se incorporaron al cristianismo nuestros remotos abuelos cristianos cuando se produjeron esas conversiones colectivas? A través de ellos se fue extendiendo el mensaje cristiano sobre la tierra, pero ¿con qué ganga, con qué carga e inercia temporal de pecados, de defectos, de impurezas y hábitos heredados individuales, sociales, estructurales? Es algo análogo a lo que pasa con frecuencia en el terreno individual al converso. No sé si alguno de ustedes habrá leído la novela de Carmen Laforet "La mujer nueva". A mí me impresionó considerar aquella gran verdad humana de que, aunque en cierto instante se produce la conversión de la protagonista, ella sigue siendo la misma que era antes y no se desprende de golpe de los pecados, tendencias y compromisos de la vida pasada.

Algo de esto le ha ocurrido a la humanidad, a nuestra humanidad occidental y cristiana, por un lado fiel, indudablemente, a la gracia que Cristo le imprimió a su paso por la tierra; pero por otro, fiel también a la índole concupiscente de la naturaleza. Nunca tendremos un rostro lo suficientemente perfecto, santo y luminoso, por mucho que progrese en la santificación. Por eso de la confrontación—dice el Papa—bro-

tará un anhelo generoso, impaciente de renovación, de enmienda de los defectos, que denuncia a la conciencia aquel espejo. Y por eso señala que es necesario emprender toda una serie de reformas, de reformas en la vida colectiva de la Iglesia, de reformas individuales en la vida de los cristianos. Más que reformar, aunque se tratara de reformar efectivamente defectos de los miembros de la Iglesia y de ésta en su conjunto, de lo que se trata fundamentalmente, en verdad, es de restaurar la primitiva fisonomía de Cristo, porque lo esencial no puede cambiar.

Pablo VI nos advierte sobre dos equivocaciones en que pudiéramos incurrir al intentar esta renovación. Habrá que evitar, de una parte, en esta renovación colectiva o individual, el primitivismo; no es posible pretender volver a las que fueron comunidades cristianas primitivas, porque las condiciones históricas en que la Iglesia se desenvuelve son totalmente distintas. De otra parte, no podemos ir a falsos planteamientos carismáticos de la Iglesia; a la Iglesia hay que aceptarla, en cierto sentido, tal y como es, en definitiva, con defectos, defectos humanos, sin caer en angelismos; pero ansiosos, anhelantes de su constante perfección.

El Papa, al llegar aquí, hace un llamamiento a los cristianos para que partan de la comprensión de la dignidad de la persona humana, de la austeridad del

espíritu de pobreza, del espíritu de caridad, que son los distintos factores de renovación que subraya como auténticos caminos de esta reforma ascética.

d) El diálogo, como efusión de amor

El tercer camino es el del diálogo con ciertas condiciones. Sobre la base de que se recorran los dos caminos de renovación espiritual y ascética, sobre la base de que el cristiano esté en el mundo sin ser del mundo, en la medida que vaya progresando en esta línea, podrá afrontar con éxito más seguro el tercer camino, el del diálogo, como modo o forma de relacionarse la Iglesia, el cristiano miembro de esa Iglesia con el mundo al que trata de evangelizar. Este diálogo con el mundo será emanación del anhelo, efusión de la caridad de la Iglesia y del cristiano hacia el mundo. El fruto del diálogo será la conversión del mundo, como decía Pío XII, de selvático en humano y de humano en divino, idea que Pablo VI esboza con una triple gradación: el primer grado es educar a la humanidad—dice Pablo VI—en sus sentimientos, de forma que al menos sean contrarios al odio; el segundo grado es proclamar principios humanos superiores que ayuden a suavizar los egoísmos; la culminación—el tercer grado—es hacer hermanos en Cristo a todos los hombres.

6. Teología y psicología del diálogo Iglesia-mundo

La encíclica esboza lo que podríamos llamar una teología y una psicología del diálogo.

a) Teología del diálogo

¿Cuál es la teología del diálogo? Pablo VI justifica con razones teológicas por qué hoy es el diálogo el procedimiento más idóneo para relacionarse la Iglesia con el mundo. El diálogo tiene un origen transcendente en la intención misma de Dios. La religión, en definitiva, no es más que una relación de Dios y el hombre establecida de una forma dialogal; en el terreno individual y colectivo, por de pronto, a través de la oración; pero, además, es una forma dialogal la manera en que se ha ido desarrollando la Revelación. La Revelación es un diálogo de salvación nacido espontáneamente de la caridad de Dios, después de caída la naturaleza, por el que Dios va explicándonos algo de sí mismo y cómo quiere ser servido por nosotros. Nos explica algo de sí mismo; nos explica la paternidad o la Trinidad, a las que no se hubiese podido llegar nunca desde una teodicea; y nos dice, a su vez, cómo en definitiva quiere ser servido y amado.

Este diálogo, que ha sido la Revelación, se ha ido produciendo sucesivamente en el curso del tiempo, y se realizó de muchas formas: primero fue a través de los profetas; después, El mismo vino a la tierra para hacerse diálogo directo con los hombres; y al final, cuando ya se cierra la Revelación con Cristo, le llega a la Humanidad el mensaje de salvación, precisamente a través del diálogo de la Iglesia con el mundo. Si la Iglesia corta el diálogo, el mensaje ya no llegará al mundo; resultaría clausurado el diálogo de Dios con el mundo, porque la Iglesia es ya la depositaria de este coloquio de Dios con los hombres.

La Iglesia tiene, pues, que tomar la iniciativa; y Pablo VI explica que así como Dios espontáneamente abrió el

diálogo con el hombre, así también la Iglesia tiene que tomar espontáneas iniciativas para extender el diálogo de salvación. Lo que Dios ha hecho con los hombres tiene que seguir haciéndolo la Iglesia, que es el vehículo, el instrumento a través del cual llega la palabra a los hombres. El Papa enlaza esta idea con la actuación de los Papas, desde León XIII explicando cómo progresivamente se ha hecho un esfuerzo desde el papado para comprender, adoptando cada vez más una postura de diálogo, una postura de comprensión, los problemas del mundo.

Este diálogo de salvación tiene que obedecer en toda la Iglesia y en todos nosotros a un impulso de amor; tiene que ser un diálogo que no podemos limitarlo a unos cuantos; tiene que ir dirigido a todos, tiene que ser universal; y enuncia como destinatarios cuatro grandes círculos: la humanidad, los creyentes, los hermanos separados y los miembros mismos de la Iglesia. Tiene, por otra parte, que ser un diálogo que se afronte por parte de la Iglesia y por parte de los cristianos generosamente, sin calcular los resultados; y tiene que llevarse a cabo en sus formas sin usar procedimientos que obliguen a entrar en él coactivamente, porque hay que buscar el asentimiento, el asentimiento libre, sólo por caminos de persuasión interior, de conversación ordinaria, respetando la libertad personal y civil, subraya la frase, porque la fe es un don de Dios que no puede ser impuesto. En fin: hay que llevar a cabo este diálogo, recordando que también el diálogo entre Dios y los hombres se fue realizando por grados de desarrollo sucesivo, aceptando la lentitud de la maduración psicológica e histórica y la espera de que Dios lo haga eficaz cuando llegue su momento. Esto yo diría que son las líneas generales de la teología del diálogo que esboza Pablo VI en la encíclica "Ecclesiam suam".

b) El arte de dialogar

Luego vienen toda una serie de orientaciones sobre lo que sería el arte del diálogo, quizá la psicología del diálogo. Porque el diálogo apostólico es un arte de comunicación espiritual, que presupone y tiene ciertas características.

Presupone por de pronto un estado de ánimo en el apóstol que dialoga, el estado de ánimo dialogal, que busca la unidad por la vía dialogal; el estado de ánimo de quien siente dentro de sí el peso del mandato apostólico, el de quien se da cuenta que no puede separar su propia salvación de la de los otros, el de quien se preocupa de poner en circulación el Mensaje.

Por otra parte, este diálogo tiene que tener toda una serie de características: debe ser un diálogo claro, afable, con confianza, cargado de prudencia pedagógica.

En cuanto a la claridad, hay una frase en la encíclica que yo he subrayado: dice que hemos de competir en el uso simple, limpio y vigoroso de la palabra, con quienes tienen acceso a las tribunas públicas; es decir, no basta la claridad de ideas, sino que hemos de esforzarnos, puesto que la palabra es el instrumento, el vehículo, a través del cual llega el Mensaje a los demás por saber competir en el uso simple y limpio de la palabra con los que tienen una palabra más fácil y más clara para exponer otras ideas distintas al Mensaje de salvación de la Iglesia.

Pasemos por alto, puesto que no hay tiempo, la forma en que el Papa explica en qué consisten la afabilidad y la confianza, y subrayemos la prudencia pedagógica, porque el gran problema del diálogo es, necesariamente, la imprudencia de ese interlocutor que se lanza confiado al diálogo desde el lado de la Iglesia creyendo que va a poder llevar con éxito la misión evangelizadora, y que se encuentra luego con que, por imprudencia pedagógica, por no haber cumplido todos los presupuestos y condiciones que hemos enunciado anteriormente, no sólo no consigue el fruto que pretende conseguir, sino que corre el riesgo de ser él el convencido por su antagonista.

La prudencia pedagógica en el diálogo tiene en cuenta dos órdenes de condiciones psicológicas y morales: las personales del que oye y las generales de los hombres de un determinado tiempo, de una determinada cultura, de una determinada situación social. Las primeras son de tipo individual; las segundas son de tipo colectivo, estructural, ambiental, etc.

Yo diría entonces que de los cuatro caracteres que debe poseer el diálogo de salvación entre el cristiano y el mundo: claridad, afabilidad, confianza y prudencia pedagógica, el más arriesgado—la palabra la emplea el Papa—es el último. La Iglesia, el cristiano, tienen que hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquéllos a quienes quieren llevar su mensaje si, efectivamente, pretenden penetrar en ellos; tienen, de alguna forma, que compartir las costumbres, siempre que sean, naturalmente, humanas y honestas; tiene que oír la voz, más aún—dice el Papa—, el corazón del hombre; comprenderlo y respetarlo; tienen que hacerse hermanos de los hombres; más que hermanos—dice—, amigos; más que amigos, servidores.

Pero, por otra parte, tienen que precaerse de que toda esta postura generosísima aboque al relativismo, que pueda afectar a la fidelidad dogmática y moral, porque no se puede en ese diálogo atenuar ni disminuir la verdad, lo que

CENTRO DE BARCELONA

CIRCULOS DE ESTUDIO SOBRE LA ENCICLICA "ECCLESIAM SUAM"

12 de noviembre: Introducción y primera parte:

"LA CONCIENCIA DE LA IGLESIA"

Por el Rvdo. P. ANTONIO BRIVA MIRABET, *Rector del Seminario Conciliar.*

26 de noviembre: Segunda parte:

"LA RENOVACION"

Por el Rvdo. P. JOSÉ MARÍA ROVIRA ABELLOSO, *Profesor del Seminario Conciliar.*

10 de diciembre: Tercera parte:

"EL DIALOGO"

Por el Rvdo. P. EUSEBIO COLOMER, S. I., *Profesor de Historia de la Filosofía en la Facultad de Filosofía San Francisco de Borja, en San Cugat del Vallés.*

sería tanto como falsear el mensaje; no puede llegarse a compromisos ambiguos; no puede caerse en el irenismo o el sincretismo; hay que ser en todo momento fiel a Cristo y su doctrina. De hecho, el Papa, en varias ocasiones en este último año, en el viaje a Jerusalén, en la propia encíclica, ha habido momentos en que tras abrir su corazón a la comprensión, subraya que hay cosas en que no puede ceder. En esta misma encíclica, cuando habla de los hermanos separados, dice: lo que más siento es ser yo,

en definitiva, mi figura, la figura del Pontífice, uno de los motivos de separación; pero no lo puedo evitar. Y entonces razona cómo una Iglesia sin Pontífice estaría abocada a lo mismo que les ha ocurrido a todas las Iglesias protestantes: a la fragmentación y a la separación.

Toda la "Ecclesiam suam" refleja la psicología del Papa Pablo VI, y explica su modo de dirigir la Iglesia, de proceder en el Concilio y en otras muchas actuaciones suyas (el viaje a la India, etc.).

7. Los interlocutores del diálogo

Por último, de la encíclica, después de darnos esta teología del diálogo y estas reglas de arte de dialogar, las aplica a los cuatro grandes círculos de que hablamos antes: en primer término, a la humanidad en cuanto tal, a todos los hombres de buena voluntad; después, a los creyentes en un Dios único y supremo; luego, a los hermanos separados, y por último, a los mismos hijos de la casa de Dios.

a) La humanidad

La humanidad en cuanto tal. En la propia encíclica se nos ofrecen los puntos comunes de coincidencia que pueden servirnos de base o de plataforma de diálogo para después plantearse cómo elevar esta plataforma o base común natural a un plano sobrenatural. Tenemos en común los cristianos con toda la humanidad, por de pronto, la vida con sus dones que todos hemos recibido; tenemos problemas y profundas necesidades fundamentales que nos son de alguna forma comunes, entre otras razones porque hoy día, ya universalizados todos los problemas, la Iglesia cada vez está ya más inmersa en el mundo y ya no puede distinguirse la cristiandad y lo que no es la cristiandad; tenemos verdades morales vitales insertas en la conciencia humana, benéficas para todos; derechos y deberes del hombre; hay, en fin, en todos los hombres un alma naturalmente cristiana, que ofrece la base mínima sobre la cual constituir la nueva cristiandad.

El sector que hace más difícil el diálogo con los ateos; la hipótesis del diálogo con los ateos será sumamente difícil. Les llamo la atención sobre el hecho de que estos días, en el Concilio, monseñor Guerra Campos precisamente ha tenido una intervención planteándose puntos que pudiesen servir de base o de plataforma para entablar el diálogo con el ateísmo científico y militante. El Papa, en la encíclica, adopta la postura invitándonos a eliminar algunas dificultades que nosotros mismos creamos para el diálogo con el ateo, y señala que estemos atentos a los cambios que experimenten sus movimientos sociales, partiendo de la base de que las doctrinas pueden quedarse estancadas, pero, sin embargo, los movimientos sociales pueden tener ciertas variantes que permitirán algún tipo de diálogo a nivel de actuaciones, no a nivel de doctrina.

b) Los creyentes

En cuanto a los creyentes en un Dios único, ya va haciéndose, en cierto modo, más fácil el diálogo. A medida que vamos cerrando el círculo en torno a la creencia en un Dios único y supremo o a Cristo (en el hermano separado), cada vez es mayor el ámbito de cosas comunes; se reconocen en ellos sus valores espirituales y morales y que defienden ideales comunes en el campo de la libertad religiosa, la hermandad humana, la buena cultura, la beneficencia social, el orden civil que cabe defender con ellos.

8. Planteamientos actuales del apostolado seglar

He pasado de prisa, porque no hay tiempo, sobre muchos puntos; pero creo que con este esbozo puede decirse que quedan planteados los supuestos que para el apostolado "seglar nos ofrece en el momento actual la "Ecclesiam suam". Orientaciones y criterios que, como decíamos antes, no se dirigen a los seglares específicamente, sino a cuantos integran la Iglesia, pero que nos afectan en cuanto nosotros somos miembros de la Iglesia. La misión de la Iglesia es nuestra misión, de manera que todo cuanto se dice a la Iglesia de alguna forma se nos dice a nosotros y de alguna forma lo debemos tener en cuenta cuando planteemos cara al futuro nuestras actividades de apostolado seglar.

Para completar esta exposición y ceñirme más al tema de círculo que se me ha pedido, "los planteamientos actuales del apostolado seglar", yo aludiría rapidísimamente a que actualmente existe toda una literatura abundantísima sobre la misión del seglar en la Iglesia, dentro del planteamiento más general de cuál es la misión de la Iglesia en el mundo.

Sintetizando muchísimo, podríamos decir que la problemática del planteamiento actual de la misión del seglar en la Iglesia gira en torno a estos dos puntos: por un lado, en cuanto a cuál es la misión del seglar en la Iglesia; y de otra parte, sobre cuáles son los métodos de acción que el seglar debe poner en juego para llevar a cabo esta misión. En cuanto a la misión del seglar en la Iglesia, se subrayan dos misiones: el seglar tiene, de un lado, una misión apostólica, evangelizadora; y de otro, una misión específica, que en la encíclica "Ecclesiam suam" no se toca, aun cuando está latente detrás de todo lo que hemos dicho, y que es la "consecratio mundi", campo específico del apostolado de los seglares.

a) La misión de los seglares en la Iglesia

Los seglares tienen una misión evangelizadora y apostólica que se refleja mucho en la encíclica "Ecclesiam suam". El seglar tiene que vivir el misterio de Cristo, ser consciente de su posición de bautizado, con un sacerdocio real espiritual, ofreciendo todo a Dios con sacrificio.

El seglar toma parte también en la misión apostólica y evangelizadora mediante distintas formas de testimonio; por ejemplo, a través de la familia y distintas formas de testimonio público o privado de las actividades del seglar.

Pero la misión más específica del seglar, tal y como se refleja en la literatura sobre el tema, quizá sea la de consagrar el mundo, la "consecratio mundi", que fue subrayada por Pío XII el año 1957 en el discurso al I Congreso Mundial de los Apostolados Seglares. Es lo que algunos también desarrollan bajo la expresión "compromiso temporal" del seglar, aludiendo a que el seglar está comprometido en cierta medida en toda la acción temporal del mundo y tiene el deber de contribuir mediante ella a que se desarrolle y perfeccione la creación. Una de las formas de que este perfeccionamiento se realice es que se desarrollen las obras de los hombres, las estructuras que emanan de la actividad de los hombres, las civilizaciones y las culturas, todos los valores de civi-

lización y de cultura que son immanentes a la acción humana; que se desarrollen, digo, en un sentido de perfección trascendente, hacia el que toda la creación, si ha de restaurarse en Cristo, tiene que abocar.

En este punto de la "consecratio mundi", que en la encíclica no se profundiza, se subraya en los planteamientos actuales del apostolado seglar que es misión del seglar, precisamente, cristianizar el mundo a través de las actividades temporales y profanas de tipo económico, político, social, cultural, científico, etc. Lo mismo que la estructura familiar podemos decir que en el mundo occidental y cristiano ha sido cristianizada, habría que cristianizar otras estructuras que, como tales estructuras, como tales obras de la acción civilizadora de los hombres, incluso de los cristianos, no hemos dado con fórmulas, no hemos tenido ingeniosidad inventiva suficiente para renovar, partiendo de fórmulas específicamente cristianas y ejerciendo así una auténtica influencia santificadora sobre el plano temporal. La Jerarquía propone la doctrina (hoy viene precisamente en "Ya" una intervención de don Angel Herrera en que trata de que el Concilio puntualice una serie de actitudes respecto de la acción so-

cial de los cristianos); la Jerarquía propone la doctrina, pero los seglares ejercen directa y efectivamente esta misma acción y la Iglesia entonces actúa a través de ellos sobre la historia.

b) Los métodos de apostolado

En cuanto a los métodos de acción, el problema, en los planteamientos actuales, se centra en si se deben emplear lo que llaman métodos de cristiandad o métodos misioneros. Diríamos que hubo un tiempo en que el mundo cristiano (una parcela del mundo) se encontraba en una situación que se llamó de cristiandad; pero, una vez más, estamos viviendo en un mundo que evoluciona de manera que pasa a estar en estado de misión. Todos recordarán cuando hace años se planteó si Francia era o no país de misión. Nunca nos hemos planteado seriamente en algún sentido si España es o no país de misión. Pero lo indudable es que Francia y España, y, cada vez que el mundo es más pequeño, la Iglesia toda estamos viviendo en un mundo, un universo, de misión, con unas interrelaciones entre los países que hacen difícil decir que en este país es aplicable "esta" norma propia de una situación de cristiandad, sin plantearse inmediatamente qué serie de repercusiones tiene en los demás países. Puede ocurrir, pues, que haya que establecer con carácter general métodos de apostolado predominante "de misión", métodos misioneros.

9. Los seglares y el "honor de Dios"

Yo diría, para terminar, que creo que cada vez el seglar tiene una posición más importante en la Iglesia. Quizá más que una posición importante, yo diría que cada vez tiene más responsabilidad en el seno de la Iglesia. Yo recuerdo que hace años de una conferencia que titulé "La reforma de los seglares". La reforma de la Iglesia que se producirá en el siglo XXX va a ser, más que una reforma de las estructuras eclesásticas o de las costumbres y disciplina de los clérigos y religiosos, como en

cierto modo lo fue la reforma del siglo XVI, una reforma de los seglares. Creo que cada vez más, frente al mundo, el honor de Dios, ese honor de Dios que en estos días salta a una de nuestras pantallas en esa hermosa película "Becket o el honor de Dios"; ese honor que hay que defender, va a estar cada vez más, digo, en manos de los seglares. Porque lo que nos pide y hasta exige este mundo a los cristianos, en una primera posición de diálogo, es precisamente que demos con realizaciones originales que permitan encarnar en unas estructuras sociales justas y fraternas la doctrina social que emana del Evangelio.

La Iglesia, la Jerarquía, necesita de los seglares para poder elaborar determinado tipo de doctrinas morales. Lo estamos viendo ahora en el Concilio; cuando ha llegado el momento de discutir determinadas relaciones entre la Iglesia y el mundo, ha resultado que en algunos problemas los que tienen que pronunciarse primero son los seglares, porque existen problemas en que lo problemático es el planteamiento mismo de los términos del problema en el terreno científico, a los que hay que dar primero solución científica y técnica, para luego poder resolver las eventuras morales. Cada vez va a ser, pues, más necesaria la acción del seglar en el seno de la Iglesia; por un lado, para ayudar a la Jerarquía al exacto planteamiento de los problemas, y por otro, porque tiene que encarnar y realizar en las estructuras sociales la doctrina social de la Iglesia. De manera que creo que éste es nuestro quehacer: prepararnos para realizar toda esta tarea. Y la "Ecclesiam suam", si todos ustedes la meditan con detenimiento, podrá ofrecerles una plataforma, una base luminosa desde la cual revalorizar o renovar nuestro espíritu apostólico.

NOVEDADES DE EURAMERICA

Núm. 60: **ESPIRITUALIDAD CRISTIANA**, por Vicente E. Tarancón, Obispo de Solsona. 270 páginas, 60 pesetas.

Se trata de poner de relieve y en un primer término lo que casi siempre se ha dado por supuesto y hasta se olvida de puro sabido y que es indispensable destacar para dar coherencia y sentido a toda la vida espiritual, al mismo tiempo que se satisface el ansia de autenticidad de la presente generación cristiana.

Colección Cristianismo y Mundo

Núm. 12: **POR LA UNIDAD**, por el P. Ricardo Lombardi, S. J. 172 páginas, 45 pesetas.

El padre Lombardi da cumplida respuesta a esta pregunta: ¿Qué se podría hacer para intensificar en la Iglesia la unidad de los espíritus en la caridad?